

Juan Crisóstomo

EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

El verdadero carácter de la vanagloria

1. ¿Ha hecho alguno lo que he pedido? ². ¿Ha rogado alguno a Dios por nosotros y por todo el cuerpo de la Iglesia para que se apague el incendio que la vanagloria ha engendrado, que daña a todo el cuerpo, que divide un solo cuerpo en muchos miembros y que hace jirones la caridad?

En efecto, igual que se arroja una fiera sobre un cuerpo noble y delicado e incapaz de defenderse, así ha clavado ella sus dientes sangrientos, le ha inyectado su veneno y lo ha llenado de gran fetidez. Unas partes, tras cercenarlas, las ha arrojado al

suelo, otras las ha despellejado y a otras incluso las ha devorado.

Si fuera posible contemplar con los ojos a la vanagloria y a la Iglesia, vería uno un espectáculo lamentable y mucho más penoso que los que suceden en los estadios: el cuerpo tirado al suelo y aquélla arriba, puesta encima, lanzando miradas a todas partes y conteniendo a los que tratan de caer sobre ella, sin apartarse nunca ni dar cuartel.

¿Quién, entonces, espantará de nosotros a esta fiera? Es tarea del que ha organizado el combate el enviar a sus ángeles cuando invocamos su auxilio y, amordazando éstos con una especie de cuerdas su hocico osado e impudente, el llevársela de este modo³. Pero el que ha organizado el combate hará esto sólo si, una vez retirada, no la buscamos de nuevo. Si los envía ordenando que la terrible fiera se aleje de nosotros y nosotros, después de salir sanos y salvos y de estar apartada en su madriguera, levantándonos con miles de heridas la vamos a buscar nuevamente, hacemos ruido y la azuzamos para que salga, ya no tendrá compasión de nosotros nunca más ni nos perdonará la vida. *¿Quién se compadecerá —dice la Escritura— del encantador mordido de serpiente y de todos los que se acercan a las fieras?*⁴.

2. Entonces ¿qué? ¿Cómo podríamos librarnos de este demonio malo y perverso? Pues es un demonio, realmente, aunque de amable aspecto.

Igual, en efecto, que si un demonio transformado en prostituta, cubierto de muchos adornos de oro, revestido con delicados mantos y despidiendo mil aromas, hubiera tomado la imagen de una mujer muy deslumbrante, eclipsando así la belleza más extremada; si luego apareciera también en aquella edad que más excita las almas de los jóvenes, ofreciendo la flor misma de la juventud, ceñido con un cinturón de oro y enseñando unos rizos artísticamente trenzados cayendo de su cabeza, semejantes al moño persa⁵; si se hubiera colocado una diadema alrededor de la cabeza, con lo que añadiría a los cabellos desnudos un gran adorno, y mostrara alrededor de su cuello destellante oro y piedras preciosas; si, además, estuviera en pie con el aspecto de una prostituta muy joven en un lugar apartado, delante de un burdel, y simulara, encima, mucha vergüenza, ¿a quién de los que pasaran por delante no seduciría?

Pero si después de esto, una vez dentro de la casa, se despojara de toda aquella belleza, mostrándose a sí mismo como un ser negro, ardiente y salvaje, cual conviene a un demonio; si pusiera fuera de sí al desgraciado caído en su poder y, saltando

sobre él y tras apoderarse de su alma, transportara su razón con báquico furor..., algo así es el malvado demonio de la vanagloria.

Pues, ¿qué parece ser más encantador que ella?, ¿qué más amable? Sin embargo, si vemos que la cosa es ilusión, que es comedia, no nos dejaremos atrapar en sus redes ni caeremos ante la puesta en escena. Porque lo que se ha dicho acerca de la prostituta podría decirse también de ésta ⁶ con razón: *Pues miel destilan los labios de la extraña* ⁷. Quien dijera lo mismo sobre la vanagloria no se equivocaría.

3. Pues como el fruto de Sodoma ⁸, tal es la vanagloria. Efectivamente, también aquél tiene un aspecto deslumbrante y a quienes lo contemplan les transmite a primera vista la impresión de tratarse de frutos sanos. Pero si coges en tu mano una granada o una manzana, cede al punto bajo los dedos y, hecha pedazos la piel que la envolvía, los deja caer en polvo y ceniza.

Algo así es también la vanagloria. Al contemplarla parece ser algo grande y admirable, pero si la retenemos en nuestras manos, arroja nuestra alma inmediatamente al polvo. Y que tal es la vanagloria

resulta evidente por muchas razones. ¿Por qué?
¿Queréis que empecemos primero por los paganos?

Los benefactores de la ciudad

4. Está lleno el teatro y todo el pueblo, sentado hasta lo más alto, ofrece un espectáculo brillante y compuesto de tantas caras que, a menudo, la propia galería superior y el techo que la recubre quedan ocultos por los cuerpos de la gente¹⁰. Ni tejas ni piedras pueden verse, sino que todo son caras y cuerpos de personas.

Cuando delante de todos efectúa su entrada el hombre generoso que los ha reunido, se levantan inmediatamente y lanzan como por una sola boca una sola aclamación, llamándole todos al unísono protector y benefactor de la ciudad común al tiempo que extienden las manos. Luego lo comparan con el

más grande de todos los ríos, parangonando la amplitud y profusión de su generosidad con la crecida de las aguas del Nilo. Dicen incluso que es un Nilo de dones. Los que quieren adularlo más, considerando que la comparación ésa del Nilo es pequeña, se dejan de ríos y de mares y, sacando en medio al océano, le dan este nombre: lo que es aquél en aguas, dicen, es éste en larguezas. En una palabra, que no hay especie de alabanza que se dejen.

Radiante es el rostro de la vanagloria. Sin embargo, vosotros tenedme bien en mente la figura de la joven con la que arreglamos al demonio cuando lo cubrimos de adornos de oro y le prestamos la juventud de una prostituta, y veréis que no es mucha la diferencia con esta imagen.

5. ¿Qué pasa después? Tras inclinarse respetuosamente ante ellos y honrarlos también él con este gesto, toma asiento mientras todos lo consideran dichoso y cada uno en particular hace votos para llegar a ser lo que aquél es entonces y luego morir inmediatamente.

Después de mucho gastar oro y plata, caballos, vestidos, esclavos y todo este tipo de cosas, y de agotar muchos bienes, lo cortejan de vuelta con grandes elogios, pero ya no son tantos pues, una vez terminado el teatro, cada cual se apresura a sus asuntos privados. Luego, en casa, los banquetes son suntuosos, mucho el regalo y grande el esplendor de la jornada. Hacia el mediodía otra vez lo mismo y así dos o tres días. Ahora bien, en cuanto todo se agota, incluídos mil talentos de oro, es entonces

cuando se revela la escoria, la ceniza y el polvo ¹¹ que es este griterío.

6. Porque cuando en casa echa cuentas y considera la desmesura del gasto, entonces se lamenta. En efecto, mientras está satisfaciendo su deseo como tomado por una borrachera de vanagloria, haría desembolso incluso de sí mismo y no puede darse la menor cuenta del daño. Pero una vez en casa, dentro de la casa de este demonio, ve que su momento ha pasado una vez disuelta la reunión y cuando mira hacia el teatro, encuentra que está vacío de espectadores, que nadie dice nada y que el daño no es producto de la imaginación, sino que pertenece ya al plano del dinero. Entonces se percató de la ceniza.

7. Pero si después de gastar más allá de su fortuna se ve necesitado, el que antes fue llevado en alto mendiga ahora en mitad del ágora; luego, de entre los que entonces lo aclamaban como benefactor ninguno se le acerca ni le tiende la mano, sino que hasta se alegran de lo ocurrido — pues incluso entonces, cuando lo alababan, también se reconcomían de envidia y consideraban como un consuelo para sus propios males el hecho de que aquél, que de esa manera llegó a brillar, pasara a ser el más deshonrado de todos. Verdaderamente, cuando nadie se acerca ni tiende la mano, ¿qué hay más lamenta-

ble que esto? ¿No es más bien digno de lágrimas?
¿Qué podría ser más penoso?

8. Probablemente no conocéis a ninguno que haya padecido esto ¹². ¡Ojalá, en verdad, fuera sólo no tenderle la mano!, pero, al contrario, es blanco de las críticas de quienes lo alababan. «¿Por qué —dicen— hizo el loco? ¿Por qué era un enamorado de la fama? ¿Por qué motivo otorgaba sus favores a prostitutas y mimos?».

Hombre insensible. ¿No lo admirabas tú? ¿No lo aprobabas tú? ¿No lo has inducido tú a esto con tus aplausos y tus alabanzas? ¿No lo llamabas Nilo? ¿No océano? ¿No has gastado todo el día en elogiándolo? ¿De dónde, entonces, que repentinamente hayas cambiado? Y cuando hay que mostrar compasión, entonces especialmente lo acusas de lo que aplaudías en otro tiempo.

Porque, si cuando vemos a alguien castigado por aquello que censuramos, no somos tan de piedra como para no plegarnos a compasión, cuando vemos que alguien sufre algún tipo de desgracia por cosas que incluso hemos elogiado, ¿no sería preciso

ser mucho más flexibles? Ahora acusas; cuando te divertía con el espectáculo, cuando dejabas todos tus asuntos y pasabas allí el día, ¿por qué no lo acusabas?

9. ¿Ves cuáles son las obras del diablo, cuáles los frutos de la vanagloria? Yo he dicho que son ceniza y polvo, sin embargo veo que no son ceniza y polvo solamente, sino también fuego y humo ¹³. Porque no es éste un asunto que se queda en no sacar ningún provecho, sino que llega incluso a precipitar en la desgracia. Para aquellos que gastan mucho sin sacar fruto, podría ser ceniza y polvo, pero no, desde luego, para quienes sufren lo que acabo de exponer.

10. «¿Y qué? —dicen—, cuando a causa de aquellos servicios públicos ¹⁴ son honrados y admirados por muchos, ¿es acaso pequeño este fruto?». Sí que lo es, y mucho; pues no es grande la gloria ésta que acabo de describir, el ser blanco de las burlas y objeto de acusaciones y calumnias.

«¿Y qué les importa a los que reciben honores?». Es que no es a causa de los servicios públicos por lo que aquéllos reciben honores, sino porque se espera que vuelvan a gastar en la plebe. Si fuera por

lo que han dado antes, ¿por qué les critican cuando ya no tienen más?, ¿por qué ni siquiera se les acercan, sino que incluso se mofan de ellos tratándolos de perdidos y de infames? ¿Ves cómo la vanagloria es una especie de locura?

11. Pero dejemos este aspecto que afecta a lo sumo a una o dos personas y pasemos a otro. Si alguien dijera: «¿Qué pasa, entonces, con los que gastan moderadamente en las diversiones de las ciudades?». Dime, te lo ruego: ¿cuál es el provecho? Porque también para aquéllos es efímera la gloria y el griterío.

Y la prueba de que esto debe ser así está en que si se les hubiera dado la opción de recobrar aquel dinero, o una tercera parte, o incluso lo más mínimo, y no haber oído ninguna aclamación de este tipo, ¿crees que no lo hubieran preferido mil veces? En efecto, quienes por un solo óbolo cometen mil acciones vergonzosas e impúdicas, ¿qué no hubieran hecho por tanto dinero gastado inútilmente?

12. En este punto mi discurso se dirige apremiantemente a los creyentes, que a Cristo, indigente y privado del alimento necesario¹⁵, no quieren ofrecerle ni lo más insignificante. Lo que aquéllos otorgan a prostitutas, mimos y bailarines por una sola aclamación, éstos no lo dan por un Reino eterno.

El común de las gentes

13. Pero pasemos a otra forma de vanagloria. ¿Cuál es ésta? La que es propia de la mayoría de los hombres y ya no de uno o dos.

Nos alegramos cuando se nos alaba incluso por cosas de las que no somos conscientes ni en lo más mínimo. El pobre¹⁶ hace todo con tal de cubrirse con bellos mantos, no por otra cosa, sino para ser considerado por el vulgo y, a menudo, pudiendo servirse a sí mismo compra un criado, no por necesidad, sino para no parecer un hombre sin honra al servirse a sí mismo.

¿Por qué razón, dime, servido todo el tiempo por sus propias manos, quiere ahora que le sirvan las de otro? Luego, si llega a juntar otra pieza de oro, adquiere un ajuar de plata y una casa espléndida. De esto nada es por necesidad. Si, efectivamente, estas cosas fueran por necesidad, la mayor parte de la estirpe de los hombres hubiera muerto y perecido.

Lo que quiero decir es: hay cosas necesarias sin las cuales no es posible vivir, como el producto de la tierra, que es una cosa necesaria y si ésta no trae fruto no es posible vivir. Los vestidos que nos cubren, el techo y las paredes así como los zapatos, estas cosas son de las necesarias, sin embargo todas las demás son superfluas¹⁷.

Porque si también aquéllas fuesen necesarias y no le fuera posible al hombre vivir sin servidor como no es posible vivir sin ellas, la mayoría de los hombres habría muerto, puesto que la mayoría no tiene quienes les sirvan ¹⁸. Si fuera necesario usar utensilios de plata y sin éstos no fuera posible vivir, hubiera perecido igualmente la mayor parte de los hombres, pues tampoco tiene plata la mayoría.

Si alguien dijera a los que poseen plata: «¿Qué sentido tiene para ti este ajuar? Dime su razón de ser y cuál es su utilidad», ninguna otra podría decir si no es la consideración de la plebe. «También lo poseo para que me admiren y no me desprecien, y lo escondo, a su vez, para que no me envidien ni me amenacen». ¿Qué podría haber peor que esta sinrazón? ¹⁹. Si lo tienes por la consideración de la plebe, muéstralo a todos, pero si temes la envidia no es bueno en absoluto poseerlo.

14. ¿Hablo también de otra sinrazón? A menudo, algunos que se privan a sí mismos de lo necesario y se consumen de hambre no descuidan estos enseres. Y si les preguntas dicen: «Tengo que guardar la dignidad» ²⁰.

¿Qué dignidad, hombre? No es esto la dignidad de una persona. Entonces es que manifestaban una gran falta de dignidad Elías el Justo, Eliseo y Juan. Pues uno no tenía nada más que una piel de oveja, andaba pidiendo a una viuda, pobre también ella, y llevaba una vida propia de mendigo cuando llegó a la puerta de aquella pobre mujer y pronunció las palabras que dicen los mendigos ²¹. Entonces faltaba a la dignidad también Eliseo, invitado a la mesa de una mujer necesitada ²². Y faltaba a la dignidad también Juan, que ni tenía manto ni un pan siquiera ²³.

Sólo hay una falta de dignidad: el poseer muchas cosas, y es, realmente, una gran falta de dignidad. En efecto, se gana fama de crueldad, de molicie, de flojedad y de orgullo, de vanagloria, de brutalidad. No es dignidad el llevar bellos mantos, sino que dignidad es revestirse de bellas acciones.

15. Y oigo que muchos son objeto de admiración por esto. «Fulano, dicen, guarda su dignidad. Su triclinio está bien cubierto y tiene muchos objetos de bronce. Es un señor de su casa».

«¿Y por qué —me dicen— nos haces reproches a nosotros que poseemos estas cosas, cuando habría que hacérselos a los que tienen más?». Por medio de vosotros acuso mucho más a aquéllos. En efecto, si no absuelvo de culpa a los que tienen poco, mucho menos a los que poseen mayores riquezas.

La dignidad no consiste en el esplendor de la casa, ni en la suntuosidad de los cobertores, ni en un lecho bien cubierto, ni en un triclinio adornado, ni en una muchedumbre de criados. Todas estas cosas son exteriores a nosotros y no nos atañen en nada²⁴. Lo que a nosotros nos concierne es la moderación, el desprecio de las riquezas, el desprecio de la gloria, el reirse de la honra que viene de la masa, el considerar en nada las cosas humanas, el amar la pobreza, el transcender la naturaleza mediante una vida virtuosa. Esto es dignidad, esto es gloria, esto es honor²⁵.

Pero la causa de todos los males viene del principio, y yo os voy a decir cómo.

Importancia de la educación

16. El niño acaba de nacer; el padre organiza todo no para marcar unas pautas en su vida²⁶, sino para adornarlo y envolverlo en vestidos de oro. ¿Por qué haces esto, hombre? Sea que tú mismo los lleves, pero ¿por qué también al niño, que todavía no tiene experiencia de esta locura, lo educas en tales cosas? ¿Por qué razón colocas un adorno alrededor de su cuello? Un pedagogo²⁷ concienzudo es lo que se necesita para educar al niño y no oro.

También le sueltas el pelo por detrás a la manera de una jovencita, afeminando así instantáneamente al niño y ablandando su vigor natural, infundiéndole desde el principio un desmesurado amor a las riquezas y persuadiéndolo para que se apasione por las cosas vanas. ¿Por qué le preparas un complot mayor? ²⁸. ¿Por qué haces que se apasione por lo corporal? *Es una afrenta para el hombre* —dice Pablo— *la cabellera* ²⁹. No lo quiere la naturaleza. No ha ordenado esto Dios. La cosa está prohibida. Es una superstición de los griegos ³⁰.

Muchos se cuelgan de las orejas objetos de oro. Ojalá y no gozaran con ello las jóvenes, pero vosotros lleváis esta plaga también a los varones.

17. Quizá muchos se rían de lo que digo como si se tratara de pequeñeces. No son pequeñeces sino cosas importantes, y mucho. Una joven que ha sido educada en el cuarto de su madre para apasionarse por los adornos femeninos ³¹, cuando deje la casa paterna será difícil y fastidiosa para su marido y más cargante que los recaudadores de impuestos ³².

Ya os he dicho que de ahí viene que el vicio sea difícil de extirpar, que nadie se preocupa por sus hijos, que nadie les habla de la virginidad, nadie de la templanza, nadie del desprecio a las riquezas y a la gloria, nadie de los preceptos que vienen en las Escrituras.

18. Ciertamente, cuando desde la primera infancia los niños carecen de maestros, ¿qué será de ellos? Pues si algunos, educados e instruidos desde el seno materno y hasta la vejez, aún se tuercen, quienes desde los comienzos de su vida se han acostumbrado a oír este tipo de cosas³³, ¿qué malas acciones no llegarán a cometer?

Ahora bien, para enseñar las artes, las letras y la elocuencia a sus hijos³⁴, cada uno se toma todo tipo de molestias, pero lo de ejercitar su alma, esto ya nadie lo tiene en la menor cuenta.

19. No ceso de exhortaros y rogaros y suplicaros para que, antes de cualquier otra cosa, eduquéis

constantemente a vuestros hijos. Si, efectivamente, te importa el niño, demuéstalo de esta forma.

Por otra parte, tienes también tu recompensa. Escucha a Pablo cuando dice: *...mientras persevere con modestia en la fe, en la caridad y en la santidad*³⁵.

Incluso si eres consciente de que hay en ti infinidad de cosas malas, a pesar de eso, piensa que tienes una especie de consuelo para tus males. Cría un atleta para Cristo.

No digo esto: apártalo del matrimonio; envíalo al desierto; prepáralo para que escoja la vida de los monjes. No digo esto. Lo quiero y desearía que todos lo abrazasen, pero, como parece ser una carga, no obligo. Cría un atleta para Cristo y, permaneciendo en el mundo, enséñale a ser piadoso desde la primera infancia.

20. Si en un alma todavía tierna se imprimen las buenas enseñanzas, nadie podrá borrarlas cuando se queden duras como marcas, igual que pasa con la cera.

Lo tienes en tus manos cuando todavía tiembla, se espanta y tiene miedo de una mirada, una palabra y cualquier otra cosa. Sírrete del comienzo para hacer lo conveniente.

Si tienes un hijo virtuoso, tú eres el primero que goza con sus buenas cualidades y luego Dios. Para ti mismo te afanas.

21. Dicen que las perlas, nada más cogerlas, son agua³⁶. Pues bien, si el que las coge es hábil, coloca aquella gota en el cuenco de la mano, la agita y haciéndola girar con precisión la tornea y le da una forma perfectamente redonda. Cuando resulta que ha tomado forma, ya no puede cambiarla.

Efectivamente, lo tierno se presta a todo dado que todavía no tiene fijada su forma propia; por eso se deja modificar cómodamente en todos los sentidos. Pero lo duro, como si hubiera recibido una disposición especial en lo que a dureza se refiere, no sale de ella fácilmente ni se muda en otra disposición.

22. Por tanto, cada uno de vosotros, padres y madres, igual que vemos a los pintores trabajar sus pinturas y sus estatuas con gran minuciosidad, ocupémonos así de estas admirables estatuas.

Los pintores, en efecto, ponen delante la tabla y día a día van aplicando colores según convenga. Los que esculpen la piedra hacen también lo mismo, suprimiendo lo que sobra y añadiendo lo que falta.

Así también vosotros: como unos fabricantes de estatuas, emplead en esto todo vuestro tiempo fabricando maravillosas estatuas para Dios. Suprimid

lo que sobre, añadid lo que falte y examinadlas cada día, qué cualidades naturales tienen, para hacerlas crecer, qué defectos naturales, para suprimirlos. Y con gran meticulosidad desterrad de ellos, en primer lugar, lo que esté relacionado con la intemperancia, pues esta pasión perturba especialmente las almas de los jóvenes. O mejor, antes de que la haya experimentado, enseñale a ser sobrio, a estar despierto³⁷, a velar en oración, a marcar todo lo que diga y haga con el signo de la cruz.

El alma del niño como ciudad

23. Piensa que eres un rey que tiene una ciudad bajo su dominio: el alma de tu hijo. Porque una ciudad es, realmente, el alma.

Y como en la ciudad unos roban, otros practican la justicia, otros trabajan, otros simplemente hacen todo de cualquier manera, así también la inteligencia y los pensamientos en el alma.

Unos combaten contra quienes cometen injusticia, como los soldados en una ciudad; otros cuidan del conjunto, del cuerpo y de la casa, como los hombres de Estado en las ciudades; otros dan órdenes, como los magistrados. Unos hablan de impudicias, como los libertinos, otros de cosas santas, como los castos; unos son afeminados, como las mujeres entre

nosotros; otros tienen una conversación ininteligible, como los niños; a unos les dan órdenes como a esclavos ³⁸, lo que son los servidores; otros tienen noble origen, lo que son los hombres libres.

24. Así pues, necesitamos leyes para desterrar a los malos, seleccionar a los buenos y no dejar que los malos se subleven contra los buenos.

Porque es como en una ciudad, que si alguien establece leyes que conceden gran impunidad a los ladrones, el conjunto da un vuelco. Si los soldados no utilizan su valor para lo conveniente, causan daño a la totalidad. Si cada uno abandona el rango que le corresponde para pasarse a otro, echa a perder el buen orden con su ambición. Así precisamente ocurre también en nuestro caso.

25. Una ciudad es, por tanto, el alma del niño. Una ciudad recién fundada y organizada. Una ciudad que tiene como ciudadanos a extranjeros todavía sin experiencia. A este tipo de gente es muy fácil educarla. Los que han crecido con un mal régimen político, como son los ancianos, difícilmente podrían cambiar; no es imposible, sin embargo, porque existe la posibilidad de que también ellos den media vuelta si quieren. Pero los que no tienen ningún tipo de experiencia sí que llegarían a admitir fácilmente las leyes que les impusieras.

26. Establece, pues, para esta ciudad y para sus ciudadanos leyes terribles y severas, y conviértete en juez de quienes las transgredan. Porque de nada sirve establecer leyes si, además, no las sigue el castigo.

Las cinco puertas de la ciudad

27. Así pues, establece leyes y aplícalas escrupulosamente. Y es que nuestra legislación se extiende a toda la tierra habitada³⁹ y una ciudad es lo que fundamos hoy.

Sean, entonces, las murallas y las puertas los cuatro sentidos. El resto del cuerpo sea igual que una fortaleza que tenga como puertas los ojos, la lengua, el oído, el olfato y, si quieres, también el tacto.

En efecto, a través de estas puertas entran y salen los ciudadanos de la ciudad, esto es, a través de estas puertas los pensamientos lo mismo se echan a perder como que siguen el camino recto.

La lengua

28. ¡Vamos! Dirijámonos en primer lugar a la entrada de la lengua, pues es ella muy amiga de re-

lacionarse. Y, antes de cualquier otra cosa, equipémosla con puertas y trancas, no de madera ni de hierro, sino de oro. Pues de oro es, verdaderamente, la ciudad que de esta manera vamos construyendo.

Porque no es un hombre, sino el propio Rey del universo quien va a habitar esta ciudad cuando esté dispuesta ⁴⁰. Y según avanza el discurso veréis dónde le asignamos su palacio ⁴¹.

Equipémosla, pues, con puertas y trancas de oro, las palabras de Dios, como dice el profeta: *Las palabras de Dios son para mi boca más que la miel y el panal* ⁴²; *muy por encima del oro y la piedra preciosa* ⁴³. Enseñémosle a tener estas palabras siempre en los labios, también en sus idas y venidas, no superficialmente ni de pasada ni de vez en cuando, sino continuamente.

Las hojas de la puerta no deben estar sólo revestidas con láminas de oro, sino que hay que hacerlas enteramente de oro, sólidas y macizas, y deben contener piedras preciosas en vez de piedras incrustadas por fuera nada más. Que la tranca de estas puertas sea la cruz de Cristo, fabricada toda ella con piedras preciosas y atravesada en la mitad de las dos hojas.

Cuando hayamos construído así las puertas, macizas y de oro, y les hayamos puesto la tranca, preparemos también dignos ciudadanos. ¿Cuáles son éstos? Son las palabras santas y piadosas que enseñamos al niño a pronunciar.

Llevemos a cabo, además, una gran expulsión de extranjeros para que ningún batiburrillo de hombres perniciosos venga a unirse a estos ciudadanos: las palabras ofensivas e injuriosas, las insensatas, las desvergonzadas, las mundanas, las frívolas. Expulsemoslas a todas.

Y que ninguno atraviese estas puertas sino el Rey. Para Él y para todos los suyos permanezca abierta esta puerta, para que se diga también de ella: *Aquí está la puerta de Yahveh, por ella entran los justos*⁴⁴. Y según el bienaventurado Pablo: *La palabra que sea conveniente para edificar y hacer el bien a los que os escuchen*⁴⁵.

Acción de gracias sean sus palabras⁴⁶, himnos sagrados. Que se hable de Dios siempre, de la filosofía de lo alto⁴⁷.

29. ¿Cómo será esto posible? ¿Y de qué manera

vamos a educarlos? Pues siendo severos jueces de los acontecimientos.

La disposición del niño es, ciertamente, muy favorable. ¿En qué sentido? No lucha por las riquezas ni por la gloria —es todavía pequeño— ni por mujer, hijos y hacienda. Siendo así, ¿qué motivo tendría para la injuria y la maledicencia? Con los de su edad es toda su lucha.

30. Establece inmediatamente una ley: no injuriar a nadie, no hablar mal de nadie, no jurar, ser pacífico.

Y si ves que transgrede la ley, castígalo, unas veces con una mirada severa, otras con palabras mordaces, otras con reproches. Otras veces, sin embargo, halágalo y hazle promesas.

Los azotes, que no sean continuos, no vayas a acostumbrarlo a ese tipo de disciplina ⁴⁸. Porque si aprende a recibir correctivos continuamente, también aprenderá a despreciarlos, y si aprende a despreciarlos, se echa todo a perder.

Al contrario, que tema siempre los azotes, pero que no los reciba. Que se levante el látigo, pero que no se deje caer. Que las amenazas no lleguen a ponerse en práctica. Pero que tampoco sea evidente

que las amenazas no son más que palabras. Y es que una amenaza tiene valor precisamente cuando es verosímil que se lleve a la práctica. Porque si el que ha cometido la falta conoce las intenciones, despreciará las amenazas.

Que espere ser castigado, pero que no se le castigue para que no se apague el miedo, sino que se mantenga como un fuego vivo que escarda por aquí y por allá todas las espinas, o como un azadón afilado que cava bien profundo hasta llegar a lo más hondo. No obstante, cuando veas que ha sacado provecho del miedo, afloja. Porque nuestra naturaleza necesita una cierta relajación.

31. Enséñale a ser bondadoso y amable. Si ves que se muestra insolente con el acólito⁴⁹, no hagas la vista gorda, castiga, más bien, al libre. Pues quien sabe que no puede ser insolente con su propio criado, mucho menos calumniará e injuriará al que es libre y tiene su mismo rango.

Para la maldad cósele la boca. Si lo ves acusando a alguien, pon freno a su boca y haz que hable de sus propios pecados.

32. Aconseja también a la madre que diga estas cosas al niño, así como a su pedagogo y al acólito, de manera que sean guardianes todos por igual y vigilen que ninguno de aquellos malos pensamientos

salga del pequeño, de esa boca que son las puertas de oro.

33. Y no me vengas pensando que es un asunto que requiere mucho tiempo. Si desde el principio te aplicas a ello con rigor, profieres amenazas y apuestas un número tan grande de guardianes, basta con dos meses y todo está encarrilado, tomando la cosa la solidez de lo natural ⁵⁰.

34. Esta puerta podría así llegar a ser digna del Señor, cuando no se pronuncie ni desvergüenza ni chocarrería ni necedad ni ninguna otra cosa, sino todo lo que sea conforme al Amo.

Porque si los que instruyen a sus hijos en la milicia terrenal les enseñan bien pronto a hacer campaña, a manejar el arco, a vestir el manto militar y a montar a caballo, y la edad no es impedimento alguno, con mucha más razón es preciso que quienes militan en el ejército del cielo se revistan con todo este adorno real.

Que aprenda, entonces, a entonar salmos a Dios para no perder el tiempo con canciones vergonzosas y relatos importunos.

35. Que esta puerta se fortifique así y que se

elijan entre aquellos ciudadanos. A los restantes mátemosles dentro como las abejas a los zánganos, no dejándoles salir fuera ni zumbar.

El oído

36. Vayamos ahora a otra puerta. ¿Cuál? Una que está cerca y tiene un gran parentesco con ella: me refiero al oído.

Aquella tiene ciudadanos que van del interior al exterior y nadie entra por ella; los de ésta, sin embargo, van del exterior al interior y nadie sale a través de ella. Gran parentesco tienen, por tanto, una y otra.

Efectivamente, si no consiente que nada pernicioso y corrupto cruce sus umbrales, no causa grandes dificultades a la boca. Porque quien no oye desvergüenzas y maldades tampoco pronuncia desvergüenzas. Si esta puerta queda abierta a todos, dañará a la otra y sembrará la confusión entre todos los de dentro.

Quizá hubiera sido necesario hablar primero de ella y taparle la entrada a ella la primera.

37. Así pues, que los niños no oigan nada inconveniente ni de los criados ni del pedagogo ni de las nodrizas⁵¹. Sino que, igual que las plantas necesitan

de un mayor cuidado precisamente cuando están tiernas, así también los niños. De manera que preocupémonos por tener buenas nodrizas para, desde la base, echarles buenos cimientos y, en una palabra, para que desde el principio no reciban ninguna mala influencia.

38. Que no oigan, por tanto, necias historias de viejas. «Fulano, dice, ama a Mengano» ⁵². «El hijo del rey y la hija menor han hecho tal cosa». Que no oigan nada de esto. Al contrario, que oigan otros relatos sin ningún tipo de circunloquio y de gran sencillez.

Esto es posible por parte de los sirvientes y de los acólitos, pero no de todos. Porque no a todos los criados ha de estarles permitido mezclarse con los niños. Antes bien, deben ser sobresalientes, como son sobresalientes los que se acercan a una estatua, quienes colaboren con nosotros en esta obra de arte.

Si fuéramos arquitectos y construyésemos una casa para un gran señor, no dejaríamos sin más que todos nuestros servidores se acercaran a la obra. Y ahora que construimos para el Rey del cielo una ciudad y sus ciudadanos, ¿cómo no va a ser anormal que confiemos el trabajo a cualquiera?

Pero que colaboren cuantos sirvientes sean idóneos. Y si no hay ninguno, busca a un hombre libre que lo haga por un salario, un hombre virtuoso, y a él especialmente confíale todo para que colabore en el trabajo.

39. Así pues, que no oigan tales historias. Pero cuando esté apesadumbrado por las fatigas del estudio —pues el alma gusta de entretenerse con los relatos de tiempos pasados— háblale apartándolo de todo tipo de niñería. Porque educas a un filósofo, a un atleta, a un ciudadano del cielo.

Háblale, por tanto, y cuéntale: «Había hace mucho tiempo dos niños hijos de un mismo padre, dos hermanos»⁵³. Luego, tras una pausa, prosigue: «Y salidos del mismo vientre. Uno era mayor, el otro más pequeño. Uno era labrador, el mayor; otro era pastor, el más joven. Éste sacaba sus rebaños a los valles y lagunas».

Y endulza las historias, de manera que para el niño sean también algo placentero y que no se le canse el ánimo. «El otro sembraba y plantaba. Entonces decidieron honrar a Dios. Y el pastor tomó los mejores animales de su rebaño y se los ofreció a Dios».

¿No es mucho mejor contar estas historias y no las de carneros con vellocinos de oro y la charlata-

nería aquella? ⁵⁴. Luego, haz incluso que se levante del asiento— pues la historia tiene también su miga— aunque sin añadir nada falso, sino lo que viene en la Escritura.

«En efecto, en cuanto hubo ofrecido a Dios las primicias, al punto cayó fuego del cielo y se las llevó todas al altar de allí arriba. El mayor, sin embargo; no obró de este modo, sino que fue, guardó para sí los mejores frutos de sus fatigas y ofreció a Dios los de menos valor. Dios ni siquiera se fijó en ellos, sino que volvió el rostro y los dejó sobre la tierra. Pero a los otros los acogió en el cielo cerca de Él.

»Igual sucede con los arrendatarios de haciendas, que de los que vienen con presentes a uno el patrono lo honra y lo acoge en casa, mientras que a otro lo deja fuera. Así precisamente ocurrió también entonces.

»¿Qué pasa después? Sentía pesadumbre el hermano mayor pensando que había sido desdeñado y que le habían hecho de menos, y se mostraba sombrío. Le dice Dios: “¿Por qué estás afligido? ¿No sabías que es a Dios a quien diriges tu ofrenda? ¿Por qué me has ofendido? ¿Qué tienes que reprocharme? ¿Por qué razón me ofreciste lo de menos valor?”».

Y si te parece que es preciso utilizar un lenguaje menos rebuscado, le dirás: «Aquél, como no

tenía nada que decir, permaneció en silencio», o mejor: «se calló». «Después de esto vió a su hermano menor y le dijo: “Salgamos al campo”. Y tras haberlo sorprendido con un ardid, él, que era más fuerte, lo mató. Y pensaba que Dios no se iba a enterar. Llega Dios donde él y le dice: “¿Dónde está tu hermano?”. Dice él: “No lo sé. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?”. Le dice Dios: “Mira que la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra”».

Que también la madre esté sentada al lado mientras el alma del niño va siendo modelada así por historias como ésta, para que también ella colabore y apruebe lo que se diga.

«¿Qué pasó después? A aquél lo acogió Dios en el cielo y está allí arriba desde su muerte». Y es que el pequeño recibe la doctrina de la resurrección a través de este tipo de narraciones. Porque si en los mitos se narran prodigios como: «la hizo semidiosa», el niño también lo cree, incluso sin saber lo que es «semidiosa», aunque sepa que es algo más que humano, y lo admira en cuanto lo oye. Con mucha mayor razón será así cuando oiga hablar de la resurrección y de que su alma subió al cielo.

«Y a aquél lo hizo subir inmediatamente allá arriba. Pero éste, el que lo asesinó, continuó su vida muchos años sufriendo desgracias y viviendo con miedo y temblor. Padecía mil calamidades y era castigado cada día».

Y háblale del castigo con vehemencia, no le digas sencillamente: «Oyó que Dios le decía: “Gimiendo y temblando vivirás sobre la tierra”». Por-

que el pequeño no sabe qué es eso. Dile más bien: «Igual que estás tú delante del maestro, de pie y angustiado, si alguna vez te van a azotar, que tiembles y tienes miedo, así precisamente continuó viviendo aquél que había ofendido a Dios» ⁵⁵.

40. Hasta aquí es suficiente para él. Y cuéntaselo en una sola tarde, mientras cenáis. Que la madre, a su vez, le relate las mismas cosas. Luego, cuando las haya oído a menudo, pídele: «Cuéntame la historia», para que se pique en su amor propio. Y es entonces, una vez que haya retenido la historia, cuando le explicarás también su moraleja.

Efectivamente, cuando el alma recibe la historia, sabe sacar frutos por sí misma antes de tu intervención, pero tú dile también después: «¿Ves cómo está mal la glotonería? ¿Ves cómo está mal envidiar a un hermano? ¿Ves cómo está mal pensar que uno puede esconderse de Dios? Porque Él lo ve todo, también lo que se hace a escondidas».

Con que siembres en tu hijo esta única doctrina, no tendrás necesidad de pedagogo, porque este temor de Dios guarda a tu hijo más que cualquier otro temor y sacude su alma.

41. Pero no es esto sólo. Llévalo también de la mano a la iglesia. Y apresúrate a llevarlo especial-

mente cuando se lea esta misma historia ⁵⁶. Verás que está radiante de alegría, que da saltos y se regocija porque él sabe lo que todos ignoran, y que se adelanta a la lectura, la reconoce y saca gran provecho. De ahora en adelante deposita el asunto en su memoria.

42. Es posible sacar, además, otra moraleja de la narración. Que aprenda de ti que no hay que dolerse cuando uno sufre. Aquí desde bien al principio lo demuestra Dios precisamente en este niño, cuando resulta que es al que estima a quien, por medio de la muerte, se lleva arriba, al cielo.

43. Cuando se haya fijado esta historia en la mente del niño, introduce otra, como, por ejemplo, la de otros dos hermanos, y dile: «Había igualmente otros dos hermanos, también uno mayor y otro más pequeño. Uno era cazador, el mayor; otro se ocupaba en casa, el más joven» ⁵⁷.

Ofrece esta historia un placer más grande aún que la primera por cuanto la peripecia es mayor y ellos de más edad.

«Resulta que estos dos hermanos eran, además, gemelos. Pero desde que nacieron la madre amaba al menor y el padre al mayor. Éste pasaba la mayor parte del tiempo fuera, en el campo, mientras que el otro, el más joven, estaba en casa. Un día, según se cuenta ⁵⁸, su padre, ya viejo, dice a aquel a quien amaba: “Hijo, como me he hecho viejo, ve y prepárame caza”, esto es, coge una gacela o una liebre, tráela y guísala, “para que coma y te dé mi bendición”. Pero al pequeño no le dijo nada semejante. La madre, que había oído al padre decir estas cosas, llama al más joven y le dice: “Hijo, puesto que tu padre ha ordenado a tu hermano llevarle caza para comer y darle su bendición, escúchame. Ve ahora mismo al rebaño, coge unos cabritos tiernos y hermosos, y tráemelos, que yo los haré como le gusta a tu padre y se los llevarás para que coma y te dé su bendición”.

»El padre tenía la vista debilitada por la edad. Entonces, cuando el más pequeño trajo los cabritos, la madre los guisó y, después de echar la comida sobre una fuente, la entregó a su hijo y él se la llevó. Lo había envuelto en pieles de cabra para no ser descubierto, puesto que aquél era lampiño y su hermano velludo. Lo hizo para que no pudiera ser reconocido y no se enterara el padre. Y lo envió de esta manera. El padre, creyendo que verdaderamente era el mayor, comió y le dió su bendición. Entonces, una vez pronunciada la bendición, llega el

mayor trayendo la caza y, al ver lo sucedido, lanzó un grito y rompió a llorar».

44. Mira cuántas cosas buenas se sacan de aquí. Y no le expliques la historia entera, porque mira cuánto se saca sólo de esto.

En primer lugar, los niños sienten veneración y respeto por sus padres al ver así de disputada una bendición paterna y preferirán recibir mil azotes antes que oír una maldición de boca de sus progenitores.

En efecto, si un mito cualquiera sobrecoge su alma de tal manera que llegan a considerarlo digno de fe, ¿cómo no les va a sobrecoger lo que es cierto verdaderamente, llenándoles, además, de un gran temor?

Que sepan que hay que despreciar el estómago. Porque es preciso contar también aquella historia de que no ganó nada con ser el primogénito y el hijo mayor, ya que por la intemperancia de su estómago entregó el derecho de primogenitura⁵⁹.

45. Luego, cuando haya retenido esto perfectamente, le dirás otra tarde: «Cuéntame la historia de aquellos dos hermanos». Y si empieza a contar la de Caín y Abel, deténlo y dile: «No es ésa la que te estoy preguntando, sino la de los otros dos, donde el padre da su bendición». Dale señas, pero todavía

no le cites los nombres. Cuando la haya contado entera, enhebra con lo siguiente diciendo:

46. «Escucha, entonces, qué pasó después ⁶⁰. Buscaba éste matar a su hermano, como aquél de la primera historia, y aguardaba la muerte de su padre. Cuando se enteró la madre, tuvo miedo y mandó huir a su hijo».

Luego, el sentido profundo del relato supera el entendimiento del pequeño; sin embargo, adaptándolo a su nivel puede implantarse incluso en la tierna mente infantil con tal de que manejemos bien la historia ⁶¹.

Entonces, le diremos así: «Este hermano se fue y llegó a un lugar. No llevaba a nadie con él, ni esclavo ni quien lo alimentara ni pedagogo ni ninguna otra persona. Cuando llegó al lugar se puso a rezar y dijo: “Señor, dame pan y un manto y sálvame”. Luego, después de decir estas cosas, se durmió cansado por la pena. Y vió en sueños una escalera desde la tierra hasta el cielo y a los ángeles de Dios que subían y bajaban por ella y a Dios mismo que estaba arriba, en lo más alto, y dijo: “Bendíceme”. Y Dios lo bendijo y lo llamó Israel» ⁶².

47. Me he acordado a tiempo y, con esto del nombre, me viene ahora otra idea. ¿Cuál? Que inmediatamente con el nombre que les pongamos les infundamos celo por la virtud ⁶³.

Que nadie se apresure, por tanto, a llamar a los niños con el nombre de sus antepasados, del padre, de la madre, del abuelo o del bisabuelo, sino de los hombres justos, de los mártires, de los obispos, de los apóstoles. Que esto sea para ellos un motivo de emulación. Que uno se llame Pedro, otro Juan, y que otro lleve el nombre de alguno de los santos.

48. Y no me vengas con costumbres paganas. No es pequeña la vergüenza y la irrisión cuando en casa de cristianos se practican ciertas costumbres paganas, encienden luces y esperan a ver cuál se apaga y se consume la primera ⁶⁴, así como otras cosas de este tipo que ocasionan la ruina segura a quienes las hacen. No penséis, en efecto, que se trata de pequeñeces y de hechos sin importancia.

49. Entonces, esto también os pido: que pongáis a vuestros hijos nombres de santos.

Efectivamente, en un principio resultaba natural dar a los niños los nombres de los antepasados. Era un consuelo de la muerte, para que pareciera que el que se había ido continuaba viviendo a través de su nombre. Pero ahora ya no. Vemos, más bien, que los justos no llaman así a sus hijos. Abraham engendró a Isaac. Jacob y Moisés no recibieron el nombre de sus antepasados y no encontraremos a ninguno de los justos llamado según esta manera.

¡Qué gran ejemplo de virtud y qué estímulo es el nombre! Pues no encontraremos otro motivo para el cambio de nombre que éste: el ser un recuerdo de la virtud. *Tú —dice— serás llamado Cefas, que significa Piedra* ⁶⁵. ¿Por qué? Porque me has confesado ⁶⁶. *Y tú serás llamado Abraham*. ¿Por qué? *Porque serás padre de pueblos* ⁶⁷. E Israel, porque vió a Dios ⁶⁸.

Partiendo, entonces, de aquí emprendamos también nosotros el cuidado de nuestros hijos y dirijamos su educación.

50. Pero como iba diciendo: «Vió una escalera tendida hacia el cielo y que alcanzaba hasta allí».

Entre, por tanto, el nombre de los santos en las casas a través del nombre de los hijos para que edu-

que no solamente al niño, sino también al padre, cada vez que piense que es padre de un Juan, de un Elías, de un Jacob.

Si, en efecto, el nombre se pone con devoción y reverencia por los que se han ido, y preferimos el parentesco de los santos al de los antepasados, esto nos ayudará mucho, tanto a nosotros como a nuestros hijos. No pienses que, por ser algo nimio, se trata de una nimiedad. Es, ciertamente, una garantía de ayuda.

51. Pero como iba diciendo; volvamos de nuevo con la continuación del relato. «Vió una escalera que subía. Pidió ser bendecido. Lo bendijo Dios. Marchó donde sus parientes. Se dedicó al pastoreo». Cuéntale luego lo de su prometida y lo del regreso⁶⁹, y también de esto sacará gran provecho.

Mira cuánto va a aprender. Aprenderá a esperar en Dios, a no despreciar a nadie por ser él de noble origen, a no avergonzarse por la escasez de medios, a soportar con nobleza los avatares de la fortuna y todo lo demás.

52. Después, cuando haya crecido, cuéntale historias que inspiren todavía más miedo.

En efecto, a una inteligencia que está tierna no la cargues con tanto peso para no asustarla. Cuando cumpla quince años o más, que oiga hablar del infierno. Es más, cuando tenga diez u ocho años, o

incluso menos, que oiga lo del diluvio, lo de Sodoma, lo de Egipto –historias todas llenas de castigos– muy por extenso. Cuando haya crecido más, que oiga también lo del Nuevo Testamento, lo de la gracia, lo del infierno.

Con estas historias y otras miles alza una barrera en su oído, ofreciéndole ejemplos de casa ⁷⁰.

53. Si alguien le cuenta cosas innobles, no consintamos en modo alguno, como decía ⁷¹, que un tal se acerque a él. Si ves que en su presencia un esclavo dice obscenidades, castígalo inmediatamente y conviértete en severo y duro censor de las faltas.

Si ves a una chica joven..., más bien que una chica joven ni se acerque y no prenda el fuego, a no ser, si acaso, una mujer vieja sin nada que pueda seducir a un joven. Pero que de una joven se mantenga más alejado que del fuego.

De este modo no dirá nada inconveniente, si no oye nada inconveniente y es educado en estos principios.

El olfato

54. ¿Quieres que vayamos a otra puerta, la del olfato? También ésta deja pasar mucho daño si no se cierra, como, por ejemplo, los aromas, los perfu-

mes. Nada afloja de tal manera la tensión del alma, nada la relaja de tal manera como el sentir placer con los buenos olores.

«Entonces ¿qué? —me dirás—, ¿hay que gozar con el fango?». No digo eso; más bien ni con lo uno ni con lo otro. Que nadie se ponga aceite perfumado. En efecto, en cuanto el cerebro lo percibe, todo se relaja. En consecuencia, las pasiones se reavivan y de ello resulta un gran complot⁷². Así que obstruye también esta puerta, porque su actividad consiste en respirar el aire, no en percibir buen olor.

Quizá algunos se rían en la idea de que nos ocupamos de pequeñeces al hablar de tales medidas. No son pequeñeces, sino el fundamento, la educación y el orden de toda la tierra si esto llegara a realizarse⁷³.

La vista

55. Hay también otra puerta más hermosa que éstas pero difícil de guardar: la de los ojos. Y por eso se encuentra en lo alto, está abierta y es bella. Tiene muchos ventanillos, no sólo para mirar, sino también para que la miren si está bellamente torneada.

56. Aquí hacen falta leyes severas y una en primer lugar: no mandar nunca al niño al teatro para

que no reciba un daño completo, tanto a través del oído como a través de los ojos⁷⁴.

Que también en las plazas públicas el pedagogo esté atento a esto de manera muy especial, evitándolas a través de calles estrechas, y dé consejos en este sentido para que nunca reciba aquel daño.

57. Para que no reciba daño al ser mirado hay que pensar en muchas cosas. Hay que suprimir la mayor parte del aderezo, cortando el cabello que cubre su cabeza hasta darle un grave aspecto. Y si el niño se muestra descontento porque, según él, lo han despojado de un adorno, que aprenda en primer lugar que el mayor ornamento consiste en esto.

58. Para que no mire son suficientes como custodia las historias aquellas: la de los hijos de Dios que cayeron sobre las hijas de los hombres⁷⁵, la de los sodomitas⁷⁶, el infierno y todas las demás.

59. Aquí especialmente deben tener mucho cuidado el pedagogo y el acólito. Pero muéstrale otras bellezas y apartarás de allí sus ojos, por ejemplo el cielo, el sol, las estrellas, las flores de la tierra, los prados, las lindezas de los libros. Que con esto deleite sus ojos. Hay también muchas otras cosas que no conllevan perjuicio.

60. En efecto, es difícil de guardar esta puerta ya que alberga fuego en su interior y, por decirlo así, una necesidad de orden natural.

Que aprenda canciones divinas. Si desde dentro no se despierta su atención, no desea tampoco mirar hacia fuera. Que no se bañe con mujeres ⁷⁷, que es mala cosa este comercio, y no lo envíes donde hay muchas mujeres juntas.

61. Que oiga constantemente todo lo de José ⁷⁸. Por lo demás, que aprenda lo relativo al reino de los cielos, cuán grande es la recompensa reservada a los castos.

Promete darle una linda esposa y hacerlo tu heredero. Dirígele todo tipo de amenazas si ves que hace lo contrario y díle: «Hijo, no encontraremos una mujer virtuosa si no demuestras gran cautela y progreso en la virtud. Y para que perseveres, te casaré rápidamente» ⁷⁹.

62. Especialmente si es educado para no decir desvergüenzas, tiene echados desde el principio los cimientos de la circunspección.

Háblale de la belleza del alma. Haz nacer en él nobles sentimientos en relación con las mujeres.

Dile que resulta servil el ser despreciado por una esclava y que el joven precisa sobre todo mucho celo ⁸⁰.

En efecto, el que habla se pone de manifiesto, pero el que mira no se pone de manifiesto –pues es rápido este sentido– y, aun sentado en medio de mucha gente, puede con sus miradas seducir a la que desee.

Que no tenga nada que ver con mujer alguna. Que no mire a ninguna mujer, a no ser su madre. No le des oro. Que no entre en él nada vergonzoso. Que desprecie el lujo y demás cosas por el estilo.

El tacto

63. Hay todavía otra puerta, no del mismo tipo que éstas sino que se extiende por todo el cuerpo, a la que denominamos tacto. Parece cerrada, pero es como si estuviera abierta, dejando pasar así todo al interior.

A ésta no le permitamos el contacto ni con vestidos delicados ni con cuerpos. Hagámosla dura. Criamos un atleta, esto es lo que debemos pensar. Que no use, entonces, ni camas ni vestidos delicados. Y que de tal modo tengamos dispuestas estas medidas.

Las viviendas de la ciudad

64. ¡Y bien! Una vez que hemos entrado en esta ciudad, redactemos leyes y regulémoslas puesto que nos ha quedado bien lo de las puertas.

En primer lugar, examinemos concienzudamente las viviendas y las despensas de los ciudadanos, dónde se encuentran, quiénes son esforzados, quiénes flojos.

65. Pues bien, dicen que el lugar y la morada del genio ⁸¹ es el pecho y el corazón que está en el pecho; el del deseo físico es el hígado; el de la razón el cerebro.

El primero posee una virtud y un vicio. La virtud es el dominio de sí y la moderación, el vicio es la insolencia y la brusquedad. A su vez, el segundo tiene como virtud la castidad y como vicio la lujuria. La virtud de la razón es la prudencia y el vicio la insensatez.

Ocupémonos, entonces, de que en estos lugares nos nazcan las virtudes y den a luz ciudadanos como ellas, pero no malos. Porque estas facultades del alma son como madres de los pensamientos ⁸².

El genio

66. Vayamos, por tanto, al elemento tiránico, al genio. Ni hay que amputarlo completamente del joven ni hay que consentir que se abandone a él en todo momento. Eduquémosles, más bien, desde la primera infancia para, cuando son ellos víctimas de una injusticia, soportarlo, pero si ven que se comete injusticia contra alguien, salir gallardamente y defender al abatido con la conveniente medida.

67. ¿Cómo será esto posible? Si se entrenan con sus propios criados, soportan que no les hagan caso y no se enfadan cuando son desobedecidos, sino que analizan concienzudamente las faltas que ellos cometen contra otros.

En casos semejantes el padre es en todo momento el señor; severo e intolerante cuando se transgreden las leyes, pero cuando se observan dulce y bondadoso y amigo de obsequiar al niño con muchas recompensas. Porque así gobierna el mundo también Dios, con el miedo al infierno y la promesa del Reino. Hagamos así también nosotros con nuestros hijos.

68. Y que haya muchos por todas partes que lo irriten para que se entrene y se vaya habituando con los de casa a sobrellevar sus impulsos.

Igual que en la palestra los atletas se ejercitan antes de las luchas con gente de casa para, una vez que han tenido éxito con aquéllos, ser invencibles frente a sus adversarios, así también hay que educar al niño en casa.

Que con frecuencia sea el padre o el hermano el que especialmente lo provoque y que todos tengan como objetivo preferente la victoria del chico. O bien que en la lucha haya uno que se dedique a defender y a oponer resistencia, de manera que con éste se entrene. De igual forma, también los criados deben irritarlo continuamente, con razón o sin razón, de modo que aprenda a dominar sus sentimientos en todo momento.

En efecto, si el padre lo irrita, no es gran cosa, porque la persona del padre sobrecoge de antemano su alma y no le deja sublevarse. Pero que esto lo haga gente de su misma edad, lo mismo esclavos que libres, para que a través de ellos aprenda la moderación.

69. Hay, además, otra cosa. ¿Cuál? Cuando se encolerice, recuérdale sus propias pasiones; cuando se enfade con un criado, que mire si él mismo no ha cometido ninguna falta y cómo se sentiría él en tales circunstancias. Si ves que golpea a un esclavo, pídele cuentas; si lo insulta, haz otro tanto.

Que no sea ni blando ni brutal para ser, además de un hombre, un hombre moderado. Muchas

veces, en efecto, necesitará el auxilio de su genio; por ejemplo, si un día él mismo tiene hijos o llega a ser dueño de esclavos. En toda ocasión es útil el genio. Solamente aquí es inútil: cuando nos defendemos a nosotros mismos. Es por ello que Pablo no lo usa nunca en provecho propio, sino sólo en interés de quienes han sido víctimas de una injusticia. Moisés se dejó llevar por su genio al ver que se cometía injusticia contra un hermano, y además muy noblemente, él, que era el *más humilde de todos los hombres*⁸³. Pero en cuanto lo insultaron, ya no se defendió, sino que huyó⁸⁴.

Que oiga también estas historias. Porque cuando estamos todavía adornando las puertas, se necesitan aquellas más sencillas, pero cuando, una vez dentro de la ciudad, nos dedicamos a educar a los ciudadanos, es el momento oportuno para estas narraciones de un nivel más alto.

Así pues, que tenga esta única ley: no defenderse nunca a sí mismo cuando lo insulten o esté sufriendo daño, y no mirar nunca con indiferencia que otro soporte este trato.

70. También el padre será mucho mejor al enseñar estos principios y educándose a sí mismo. Porque, si no por otro motivo, siquiera por no echar a perder su ejemplo, se hará mejor.

De esta manera, que el niño aprenda a ser despreciado y humillado. Que no exija a ninguno de

sus criados lo que suele un hombre libre, sino que en la mayoría de las cosas se sirva a sí mismo. Que sólo lo asistan los criados en aquellas cosas en que no es posible servirse a sí mismo. Ser cocinero, por ejemplo, no puede un hombre libre ya que no debe entregarse a tales ocupaciones dejando de lado las tareas propias de un libre.

No obstante, si necesita lavarse los pies, que nunca lo haga un esclavo, sino él mismo, y harás un hombre libre bondadoso con los esclavos y muy digno de ser amado ⁸⁵. Que tampoco nadie le tenga que dar el manto, ni espere en el baño la ayuda de otro, sino que todas estas cosas las haga por sí mismo. Esto lo hará vigoroso, modesto y afable.

71. Enséñale también el orden natural, qué es un esclavo, qué un hombre libre. Dile: «Hijo, no había esclavos antiguamente entre nuestros antepasados, sino que el pecado introdujo la esclavitud. En efecto, cuando hubo uno que se volvió insolente con su padre, pagó su castigo convirtiéndose en esclavo de sus hermanos ⁸⁶.

»Mira, por tanto, no vayas a ser esclavo de esclavos. Porque si te encolerizas como ellos y haces lo mismo y no los superas en virtud, tampoco los superarás en dignidad. Así pues, esfuérzate por ser su señor y en llegar a serlo no por tu condición de libre, sino por tu conducta, no sea que, siendo tú mismo libre, te encuentres con que eres su esclavo. ¿O es que no ves cuántos padres han desheredado a sus hijos y han metido esclavos en su lugar? ⁸⁷. Ten cuidado, pues, para que no suceda nada semejante. Yo ni lo quiero ni lo deseo, pero tú eres señor de que ocurra una u otra cosa».

72. Suaviza así su genio, ordenándole que trate a los esclavos cómo a hermanos y enseñándole el orden natural, citándole las palabras de Job: *Si he menospreciado —dice— el derecho de mi siervo o de mi sierva, en sus pleitos conmigo, ¿qué podré hacer cuando Dios se levante?; cuando Él investigue, ¿qué responderé? ¿No los hizo Él, igual que a mí, en el vientre?, ¿no nos formó en el seno uno mismo?* ⁸⁸. Y nuevamente: *Si dijeron muchas veces mis criados: «¿Hay alguien que no se haya hartado con su carne?»; pues yo era bueno en extremo* ⁸⁹.

73. ¿Acaso te parece que Pablo dice sólo de pasada que el que no sabe gobernar su casa tampoco sabe gobernar la Iglesia? ⁹⁰.

Dile, por tanto: «Si ves un estilete estropeado o un cálamo partido por un criado, no te enfades ni le insultes, sino sé indulgente, sé comprensivo». Así, partiendo de cosas sin importancia, soportará también los daños graves, ya sea la rotura de una correa que rodea la tablilla o de una cadena de bronce ⁹¹. Es que los niños son difíciles cuando se trata de este tipo de pérdidas y antes darían la vida a dejar marchar impune al que se ha portado mal en esto.

Pues bien, es ahora cuando hay que ablandar la rudeza de su genio. Que sepas que quien ante estas cosas se muestra impasible y moderado, cuando se haya hecho un hombre también soportará con buen temple cualquier daño.

Por tanto, cuando tenga una tablilla hecha de hermosa madera, perfectamente limpia y libre de manchas, con cadenas de bronce y estiletes que en nada tienen que envidiar a la plata y otras niñerías por el estilo, y el acólito lo pierda o lo estropee, si entonces él no se enfada, ya ha dado pruebas de la más alta filosofía ⁹². Y no le compres otra inmedia-

tamente para apaciguar su ánimo; antes bien, cuando veas que ya no la pide ni sufre por ello, cura entonces su irritación.

74. No se trata de menudencias; hablamos de medidas de gobierno para toda la Tierra ⁹³. Edúcale también para que ponga a su hermano pequeño por delante de él, si es que lo tiene, y si no es el caso, incluso al esclavo. Porque también esto es propio de una altísima filosofía ⁹⁴.

75. Ablanda, pues, su genio para que nos dé a luz pensamientos moderados ⁹⁵. Porque cuando no se deja llevar por la pasión frente a nadie, cuando soporta una pérdida, cuando no requiere servidumbre, cuando no se indigna si honran a otro, ¿qué motivo le queda para irritarse?

El deseo físico

76. Ya es hora de pasar al deseo físico. Aquí es doble la templanza y doble también el daño, creo yo, para que ni a él lo seduzcan ni seduzca a las jóvenes.

Dicen los médicos que este deseo ataca fuertemente con los quince años ⁹⁶. ¿Cómo vamos, enton-

ces, a sujetar a esta bestia? ¿Qué haremos? ¿Qué freno le pondremos? No conozco otro que el infierno ⁹⁷.

77. En primer lugar, apartémoslo de ver y oír cosas vergonzosas, y que un niño de condición libre no vaya nunca al teatro ⁹⁸. En caso de que busque la diversión que dan allí, mostrémosle a otros de su edad, si los encontramos, que se abstengan de ir, para que por emulación él se abstenga. Porque nada da tan buen resultado como la rivalidad, nada. Obremos así en toda circunstancia, especialmente si es pundonoroso. Esto tiene más fuerza que el miedo, que las promesas y que todo.

78. A continuación, pensemos para él otras diversiones que sean inofensivas. Llevémoslo a ver hombres santos ⁹⁹, procurémosle distracción. Gratifiquémosle con muchos regalos para que su espí-

ritu soporte sobrellevar la privación que esto significa¹⁰⁰. Y en vez de aquellos espectáculos preséntale relatos agradables, prados y bellos monumentos.

Después, echemos aquellas cosas por tierra a base de razonamientos diciéndole: «Hijo, los espectáculos esos son propios de esclavos, ver mujeres desnudas diciendo desvergüenzas. Promete no oír ni decir nada indecente y vete, pero es imposible no oír allí nada que no sea vergonzoso. Es indigno de tus ojos lo que sucede».

Al tiempo que le hablamos, besémoslo tiernamente, tomémoslo en nuestros brazos y estrechémoslo para mostrarle nuestro cariño. Con todo esto hemos de ablandarlo.

79. ¿Qué más? Lo que ya he dicho¹⁰¹: que nunca se le acerque una chica joven ni lo sirva, sino que sea una criada de edad ya avanzada, una mujer mayor.

Y que entre en la conversación el reino de los cielos y los que antaño brillaron por su castidad, tanto entre los paganos como entre los nuestros. Inundemos constantemente sus oídos con estas cosas. Si tuviéramos esclavos que practiquen la castidad, que también ellos sirvan de ejemplo, diciéndole que es completamente inusual que un esclavo

domine de esa manera sus pasiones y un libre sea peor que él ¹⁰².

Hay además otra medicina. ¿Cuál? Que aprenda a ayunar, si no siempre, al menos dos días a la semana, el miércoles y el viernes. Que vaya también a la iglesia.

Que lo coja el padre por la tarde, cuando se termina el teatro, le muestre a los que salen de allí y se ría de los viejos por volverse más obtusos que los jóvenes, y de los jóvenes por dejarse abrasar por esta pasión. Y que pregunte al niño: «¿Qué provecho han sacado éstos? Ninguno, sino vergüenza, reproche y burla».

En una palabra, no es cosa sin importancia para alcanzar la castidad el mantenerse apartado de todo esto, tanto de lo que allí se ve como de lo que se oye.

80. Hay todavía otra cosa. Que se le enseñe a rezar con mucho celo y compunción. Y no me digas que el niño pequeño no es capaz de captar esto. El niño pequeño de mirada penetrante y espabilado es especialmente capaz de ello. Efectivamente, vemos muchos ejemplos de este tipo entre los antiguos, como Daniel o como José. No me vengas

con que José tenía diecisiete años, sino piensa en cómo se ganó a su padre, más que los propios hermanos mayores. ¿No era Jacob el más joven? ¿Y Jeremías? ¿Daniel no tenía doce años? ¿Salomón no tenía también doce años cuando pronunció aquella maravillosa oración? ¿Samuel no instruía a su propio maestro, aunque era todavía un niño?

Siendo esto así, no desesperemos, porque uno no comprende estas cosas si es demasiado joven de espíritu, no de edad.

Que se le enseñe, por tanto, a rezar con gran compunción y a velar en la medida de lo posible, y, en una palabra, que al niño se le imprima la huella de un hombre santo.

En efecto, el que se esfuerza en no jurar, en no ofender si lo ofenden ni insultar y en no sentir odio, al tiempo que practica el ayuno y la oración, tiene en estas mismas cosas una llamada poderosa a la castidad.

81. Si lo diriges a la vida en el mundo, cávalo rápidamente y no esperes a que entonces ya esté en el ejército o dedicado a los asuntos públicos. Marca primero unas pautas para su alma y luego ocúpate de su reputación de cara al exterior.

¿Crees acaso que es cosa sin importancia que por medio del matrimonio lleguen a unirse virgen con virgen? No es cosa sin importancia; también para la castidad de la mujer, no sólo para la del joven. ¿El amor no será entonces especialmente puro? Y, lo más importante de todo, ¿Dios no se mostrará entonces más propicio y no colmará este

matrimonio de innumerables bendiciones, desde el momento en que se unen de la forma que Él ordenó? También hace que tenga al amor presente en su memoria y, si lo retiene este deseo, se reirá de cualquier otra mujer ¹⁰³.

82. Si elogias a una muchacha por su belleza, su modestia o por cualquier otra razón, y luego añades: «No se resigna a vivir contigo desde que sabe que llevas una vida de indolencia», en adelante pondrá mucho cuidado pues pensará que corre extremo peligro.

En efecto, si el amor a su prometida logró convencer a aquel santo, a pesar de haber sido engañado, para trabajar nuevamente como siervo durante siete años, o mejor dicho, catorce ¹⁰⁴, con mucha mayor razón a nosotros. Dile: «Todos los de la parte de la novia, el padre, la madre, los criados, los vecinos y los amigos, están pendientes de ti y de tu conducta, y todos van a informarla».

Sujétalo desde ya con esta atadura, atadura que da como resultado castidad. De este modo, aunque desde la primera infancia no pueda tomar mujer, que, sin embargo, sí tenga una prometida desde la primera infancia y que ambicione aparecer como un

hombre honesto ¹⁰⁵. Esto es suficiente para apartarlo de todo.

83. Hay todavía otra salvaguarda de la castidad: que vea constantemente al que está a la cabeza de la Iglesia ¹⁰⁶ y que oiga muchos elogios de su parte. Que, además, su padre se gloríe de ello delante de todos los que le escuchen. Que su vista inspire recato en las muchachas.

Por lo demás, las narraciones, el miedo que le inspire el padre, las promesas y, junto a esto, la recompensa destinada por Dios y todos los bienes que disfrutarán los castos, le procurarán una gran seguridad.

84. Añade, además, el buen nombre que se haga en el ejército y en los asuntos públicos ¹⁰⁷. Que haya siempre una palabra despectiva para la lujuria y muchos encomios para la castidad.

Todo esto es suficiente para contener el alma del niño. De esta manera nos nacerán santos pensamientos ¹⁰⁸.

La razón

85. Hay aún otra cosa. Pasemos ahora a la que es señora de todos, a la que gobierna todo lo demás ¹⁰⁹. ¿Cuál? Me refiero a la prudencia. En este punto es preciso mucho esfuerzo para hacer al niño inteligente y expulsar toda insensatez.

Ésta es sobre todo la función, grande y admirable, de la filosofía: el conocer las cosas de Dios, todo lo que nos está reservado allá arriba, lo referente al infierno, lo que toca al reino de los cielos. *El temor de Yahveh es el principio de la ciencia* ¹¹⁰.

86. Así pues, implantemos en él la prudencia y preparémoslo para que conozca las cosas humanas, qué es la riqueza, la gloria, el poder, y para que las desprecie y tienda hacia cosas más grandes ¹¹¹.

Recordémosle también la siguiente exhortación: «Hijo, teme a Dios solamente y fuera de Él no temas a otro».

87. Siguiendo estos principios será un hombre inteligente y amable. Y es que nada vuelve tan insensato como las pasiones. Para alcanzar la sabidu-

ría basta el temor de Dios y el tener de los asuntos humanos la opinión que se debe tener. En efecto, ésta es la cima de la sabiduría, el no dejarse apasionar por lo que son chiquilladas. Que aprenda a no dar ningún valor a las riquezas, ninguno a la gloria humana, ninguno al poder, ninguno a la muerte, ninguno a la vida presente. Así será sabio.

Si lo conducimos a la cámara nupcial con tal preparación, piensa qué gran regalo será para su novia.

La boda del muchacho; su actividad pública

88. La boda no la celebremos ni con flautas ni con cítaras ni con bailes ¹¹². En efecto, es un gran absurdo el avergonzar con tales diversiones a un novio de esta índole. Pero a Cristo invitémoslo ¹¹³, porque de ahora en adelante el novio es digno de Él. Convidemos a sus discípulos ¹¹⁴.

Al novio le irá todo estupendamente. Él mismo aprenderá a educar así a sus propios hijos y éstos a los suyos, y de esta manera se formará una cadena de oro.

89. Hagamos que se dedique también a los asuntos públicos que pueda, siempre que no conlleven pecado. Si sirve en el ejército, que aprenda a no sacar provecho de forma vergonzosa, y lo mismo si se dedica a defender a los que son víctimas de injusticia como si hace cualquier otra cosa por el estilo.

Educación de las niñas y final

90. Que también la madre aprenda a educar a su hija siguiendo estos principios y la aparte del lujo, los adornos y todas las demás cosas que son propias de mujeres de mal vivir ¹¹⁵. Que haga todo conforme a esta ley y se aparte de la vida regalada y de la embriaguez, lo mismo el joven que la muchacha. Y es que esto es importante para la castidad.

En efecto, el deseo físico turba a los jóvenes, pero a las mujeres el amor a los adornos y la vanidad. Reprimamos, entonces, todo esto y así estaremos en condiciones de agradar a Dios criando tales atletas, a fin de que tanto nosotros como nuestros hijos podamos alcanzar los bienes prometidos a aquellos que le aman, por la gracia y el amor de Jesucristo nuestro Señor.